

Perspectivas tras el 11 de septiembre

Francesc de Carreras

El desorden globalizado

Hablar de globalización equivale a hablar del mundo: el mismo término ya lo indica. Por tanto, de aquello que trataremos en este artículo es del mundo tras el 11 de septiembre del 2001, día en el cual los espectaculares atentados terroristas de Nueva York y Washington, contemplados desde la confortable comodidad de los sillones situados antes los televisores de nuestras casas, nos asombraron, conmovieron y asustaron.

No cabe duda que del impreciso término globalización se ha abusado en los últimos diez años, tras la caída del muro de Berlín (1989), y el radical cambio de régimen político y la inmediata desintegración de la URSS (1991). A partir de estas transformaciones, parecía haberse pasado de un mundo bipolar —el de la política de bloques y la guerra fría que duraba desde la segunda postguerra mundial (1945-1947)— a un mundo unipolar, hegemonizado totalmente por los Estados Unidos y sus aliados, especialmente los Estados europeos occidentales. Los hechos del pasado 11 de septiembre han mostrado lo errado de este juicio: Occidente es vulnerable y la orientación política y económica de estos años lo ha convertido en más vulnerable todavía al arrinconar al resto del mundo hacia una creciente jungla humana, sin orden ni reglas.

Sin embargo, aunque el concepto globalización se utiliza como una chistera de la cual pueden sacarse los conejos que más interesen, también es cierto que existe un cierto consenso más o menos objetivo sobre el significado del término. Y este consenso suele consistir en que el mundo se ha convertido en global, es decir, interdependiente e intercomunicado, sobre todo desde el punto de vista económico, aunque también, en menor medida, en otros aspectos como son el científico, tecnológico, comunicativo y, en cierta manera, cultural.¹

Desde el punto de vista económico, la expresión más clara de la globalización es la interdependencia de los mercados financieros, motor de la economía no productiva mundial, gracias a la confluencia de

dos factores: la liberalización de dichos mercados y los cambios en las tecnologías de la información. También en el campo de la economía hay que destacar la hegemonía de las empresas multinacionales (53.000 en total, de las que dependen 415.000 empresas auxiliares) que generan el 30 por ciento del producto bruto global y las 2/3 partes del comercio mundial. El volumen que implican estos dos factores —mercados financieros y empresas multinacionales— hacen que la globalización económica afecte decisivamente a la mayor parte del sistema mundial y que cualquier cambio sustancial en la economía financiera o en las grandes empresas tenga repercusión en todo el mundo. De velar por el buen funcionamiento del sistema se encargan algunas instituciones internacionales en las que predominan muy claramente los criterios del gobierno norteamericano: el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial del Comercio (OMC). En consecuencia, en la presente época de globalización, el gobierno de la economía mundial es concentrado y centralizado.

Ciertamente, como decíamos, la globalización no se da sólo en el área de la economía. También hay una interconexión global en todos los sectores de la ciencia y de la tecnología: cualquier nuevo descubrimiento científico y toda aplicación práctica de estos avances es conocido rápidamente en todo el mundo. En este terreno, existe también un mercado laboral más o menos único dado el relativamente escaso número de trabajadores especializados —los científicos y los técnicos— que existen en todas estas ramas del saber y de la aplicación del saber. También en el mundo de la comunicación, la globalización es evidente: tanto en los grupos multimedia como en el terreno de las telecomunicaciones. Pocas empresas —existen las siete grandes— dominan el control de las noticias. Todavía son menos, las que concentran la industria de los ordenadores y de internet. En esto último, además, se basan los mercados financieros y comerciales en general, así como los medios de información, para alcanzar el nivel de

interdependencia actual. Por tanto, es en el avance en el mundo de las telecomunicaciones que encontramos la base tecnológica que nos ha situado en el actual nivel de globalización.

Cuestión distinta es la globalización a nivel cultural. Ciertamente, por un lado la globalización también avanza en este sentido. La cultura occidental, especialmente la anglosajona, se va imponiendo progresivamente en determinados aspectos: el inglés como lengua de intercambio, el conocimiento científico, la música moderna, ciertas costumbres (el modo de vestir, el deporte, la gastronomía). Todo ello es cierto. Pero también es cierto que muchos aspectos del modo de vida e, incluso, del sentido último de esta vida, acentúan las diferencias: los fundamentalismos religiosos, culturales, nacionales, han tenido un resurgir inesperado cuando todo parecía que iba en la dirección contraria, que un mundo crecientemente interconectado se dirigiría hacia formas cosmopolitas. En realidad, quizás el rasgo cultural más significativo del mundo de hoy es la pugna entre cosmopolitismo y localismo, entre modernidad y tradición. Todo ello, como es evidente, con profundas consecuencias ideológicas a las que más adelante haremos referencia.

Sin embargo, la globalización de estos sectores tan importantes —economía, ciencia y técnica, telecomunicaciones, medios de información, cultura en parte— no ha tenido su reflejo en las instituciones políticas. El mundo sigue estando dividido en Estados y es en el seno de los mismos que se dan las relaciones políticas que, en ciertos casos, permiten ciertos grados de democracia, es decir, de participación de los ciudadanos en las cuestiones públicas que les afectan. Tengamos en cuenta, sin embargo, que en la mayor parte del mundo la democracia es todavía un horizonte ideal y en la otra parte, en Europa occidental y Estados Unidos es, como sabemos, notoriamente imperfecta.

Aun así, un avance sería potenciar los órganos mundiales de cooperación entre Estados —tanto democráticos como no democráticos—, especialmente el principal organismo creado al efecto en 1945, tras la segunda guerra mundial. Sin embargo, como bien sabemos, la ONU ha ido quedando relegada a ser un simple foro en el que se realizan informes de gran interés, se suministran ayudas muy meritorias en situaciones bélicas o posbélicas, se emiten comunicados y, a veces, se toman acuerdos. Ahora bien, ni las decisiones importantes para el gobierno del mundo pasan por la ONU, ni en muchos casos sus acuerdos se cumplen. El doble rasero para unos y otros es evidente. Israel

y Marruecos han ocupado territorios ajenos y las resoluciones de la ONU ordenando su retirada han sido incumplidas sistemáticamente. En cambio, la ocupación de Kuwait por Irak generó una guerra inmediata y todavía son efectivas las sanciones alegando la legitimidad de las resoluciones de la ONU. También los recientes bombardeos de la zona de Kosovo en Yugoslavia fueron implacables alegando poner remedio a un genocidio, cuando en otras partes del mundo otras situaciones de genocidio han quedado impunes. Más parece que las actuaciones de la ONU están regidas por determinados intereses nacionales, especialmente por los intereses de los países occidentales, que por la vigencia de un orden internacional establecido en los tratados que la crearon. Con ello, la idea de que las relaciones entre Estados están regidas por el Derecho se ha ido difuminando, y el orden mundial no es más que el que impone la pura fuerza, donde priman los intereses de los Estados más potentes, al servicio de los grupos económicos más poderosos.

La minusvaloración de la ONU como intento de foro mundial donde deben debatirse y orientarse los problemas mundiales ha sido acompañada por la potenciación de encuentros regulares entre las grandes potencias en otros foros fácticamente más decisivos. El más relevante es el G-8, las reuniones de los presidentes de los gobiernos de los ocho Estados más ricos del planeta. Frente al carácter más o menos representativo de todo el mundo —de ricos y pobres— que caracteriza a la ONU, los países ricos prefieren reunirse a solas, a puerta cerrada, sin reglas previas que los limiten. Frente al intento de democracia mundial que simboliza —mal que bien— Naciones Unidas, en los últimos años no sólo se ha hecho todo lo posible para deslegitimarla, sino que se han formado grupos como el G-8 para que quedara claro que mandan los ricos —la oligarquía— y que en sus reuniones ni se deja entrar a los pobres. ¿Tiene esto algo que ver con los principios de democracia e igualdad que parecían asumidos como parte integrante de la tradición occidental desde la Ilustración? ¿O, más bien, es la expresión de una realidad fáctica —no jurídica—, contradictoria con el principio democrático, que viene a dar la razón a aquellos que consideran que la democracia es sólo la apariencia, la mera forma en la que se envuelve el poder para legitimarse, pero que en realidad esconde la dominación de una oculta oligarquía económica? Si a las reuniones del G-8 le añadimos las más antiguas que se celebran en la ciudad suiza de Davos, todavía se confirman más todas estas sospechas.

De todo ello se deduce que la situación mundial es fruto del desorden que imponen los más fuertes: los económicamente más fuertes y los militarmente más fuertes. No es que ello no fuera así en tiempos pasados, en la época de la división del mundo en dos bloques. Sin embargo, la experiencia de los diez últimos años si bien no hace añorar aquella situación por muchos motivos que no hay necesidad de exponer aquí por ser demasiado conocidos, da la sensación que el mundo no ha avanzado ni en progreso económico general —las cifras de desigualdad entre las diversas zonas del mundo son demasiado conocidas— ni se han puesto los cimientos de un nuevo orden internacional que tienda a equilibrar estas desigualdades a través de mecanismos jurídicos que regulen las relaciones entre los Estados de forma similar a como se han regulado estas relaciones en las sociedades democráticas.

Fukuyama publicó en 1990 su célebre ensayo *El fin de la historia* en el que vaticinaba el comienzo de una etapa en que la democracia liberal se iría implantando en todo el mundo ya que había sido derrotado el sistema contrario, el comunismo soviético. Esto último parece bastante confirmado, pero lo primero dista mucho de ser una realidad en el mundo de hoy. Más bien, a la vista de lo sucedido a partir del 11-S, hay motivos para recelar que la democracia sea cada día más robusta en los mismos Estados occidentales que han comenzado ya a restringir libertades en nombre de una mayor seguridad. Y, en todo caso, no sólo la democracia apenas ha avanzado en el resto del mundo, sino que los conflictos militares no sólo han tendido a ir cesando, sino que han aumentado alarmantemente en numerosas zonas de nuestro planeta. La sensación general es la de que se han perdido diez años en establecer las bases de una situación mundial en la cual el progreso económico se reparta de forma más equitativa, se reduzcan los motivos de conflictos militares entre Estados, o las guerras civiles en el interior de los mismos, y que la democracia y las libertades se desarrollen en las zonas donde más faltan.

En este mundo científica y tecnológicamente más avanzado que nunca, económicamente repartido de forma tan desigual, militarmente conflictivo y políticamente desorganizado, han irrumpido los trágicos hechos acaecidos en Nueva York y Washington el 11 de septiembre.

¿Comenzamos una nueva era o, simplemente, continuamos la etapa anterior? Probablemente tiene razón el conocido politólogo norteamericano Benjamin Barber cuando dice: «El mundo ya había

cambiado, pero ahora ha quedado claro para todos». ² Ciertamente, los hechos del 11-S son un epifenómeno de algo más profundo. No entenderlo así sería ponerse una venda ante los ojos: la misma venda que nos ha impedido ver las transformaciones acaecidas en el mundo durante el último tercio del siglo XX. ³

¿Qué nos ha aportado el 11-S?

Ahora bien, esta claridad para todos, que alega Barber, tiene su importancia. Entiéndase: para todos no quiere decir sólo para los occidentales. Barber, pienso, se refiere a todo el mundo. Si algo caracteriza al 11-S es que fue un acontecimiento —terrible y cruel— globalizado: cualquiera, desde cualquier parte del mundo, con un televisor a mano, pudo verlo en directo, contemplarlo una y otra vez, hasta la saciedad. No dar crédito a lo que veía, en primer lugar. Comentarlo después con su familia, sus amigos y sus compañeros de trabajo. Leer en los días siguientes las páginas y páginas que se han escrito sobre el tema, escuchar la radio y ver la televisión. Seguir todas sus consecuencias en las semanas siguientes. Reflexionar y pensar en su significado: en qué ha cambiado el mundo para que se vean tan trágicas imágenes. Seguir pensando, reflexionando. Intentar llegar a un cierto grado de claridad.

No hay duda que, ante tal acontecimiento, nadie ha podido escapar a enfrentarse con la realidad que nos rodea, el mundo en el cual vivimos. Y que ha descubierto cosas nuevas que deben relacionarse con las antiguas, con un desorden mundial que viene de lejos y que toma una nueva dirección con la desaparición del bloque soviético y la desregulación económica que imponen las ideas neoliberales. Por supuesto nada es absolutamente nuevo: pero a partir del 11-S adquiere una nueva dimensión, se ve con más claridad. ¿Qué es lo que se ve con más claridad?

En primer lugar, que Occidente se ha vuelto más vulnerable. Los hechos tuvieron lugar en Nueva York y en Washington; si la intención de los terroristas fue atemorizar al mundo occidental, no pudieron escoger mejor sus objetivos: los edificios más simbólicos del globalizado poder financiero y militar situados, respectivamente, en la capital económica y la capital política del mundo. Con ello no se quería visualizar, como se ha dicho repetidamente, un ataque a los valores occidentales, a una civilización, a unas ideas, a la democracia, sino al poder occidental real, al PODER con

mayúsculas. Se quería infundir miedo, terror —de ahí proviene el término terrorismo, como es obvio— y, ciertamente, este objetivo se ha conseguido plenamente. Los norteamericanos están aterrorizados y los europeos, aunque menos, también. ¿Qué significa si no la inmediata sospecha de atentado terrorista cuando, a los pocos días, se produjo una terrible explosión en una fábrica de Toulouse que produjo numerosos muertos y heridos?

Y, verdaderamente, no hay para menos. La tranquila y ordenada sociedad occidental es vulnerable, tremendamente vulnerable. Esto es lo que quedó claro tras el 11-S. Una acción terrorista clásica causa miedo a cualquier población: desgraciadamente lo sabemos los españoles, muy especialmente los vascos, desde hace tres décadas. Pero un atentado de la magnitud del de Nueva York no es que cause miedo sino que traumatiza no sólo a la población de Estados Unidos sino a toda una civilización: la civilización occidental. ¿Por qué? Porque en un mundo globalizado, lo local ya no está aislado y, en este caso, Nueva York es algo más que la expresión del poder americano: es la capital simbólica del mundo occidental, la gran ciudad a la que todas las ciudades occidentales tienden a parecerse, una babel de etnias y culturas diversas que se ha convertido en el inevitable modelo para todas las demás.

Si las torres gemelas de Nueva York y el emblemático edificio del Pentágono en Washington pueden ser atacadas con facilidad, todo el mundo occidental es vulnerable. Desde el final de la guerra fría nos habíamos quedado sin enemigo: pues bien, ya lo tenemos de nuevo. Y es un enemigo poderoso porque ha sabido adaptarse a la nueva situación: ante una fuerza militar aplastante hay que atacar por el flanco débil. Un ataque terrorista masivo e inesperado como el del 11-S es un ataque en un flanco débil, ya que los conceptos de fortaleza o vulnerabilidad no son absolutos sino que dependen de las circunstancias. Lo ha formulado con exactitud y concisión Emilio Lamo de Espinosa refiriéndose a la actual guerra de Afganistán, tras varias semanas de bombardeos masivos: «Los talibanes son débiles pero poco vulnerables, nosotros somos fuertes pero altamente vulnerables». ⁴ En efecto, de repente, la fortaleza occidental se ha transformado en la vulnerabilidad occidental.

Si Nueva York es vulnerable, los demás lo somos también. ¿Por qué? Porque la responsabilidad del atentado se ha atribuido a Al Qaeda, la red internacional que dirige Osama Bin Laden, extendida por todo el mundo, también entre

nosotros, con una ideología claramente antioccidental. Esa atribución de responsabilidad, si bien no probada, parece la teoría más razonable, sobre todo a partir de que Bin Laden aprueba —aplaude, mejor dicho— los atentados del 11-S. Así pues, el mundo ha cambiado: tenemos el enemigo instalado en casa. Un enemigo difuso, invisible, inaprensible, que utiliza unos métodos de lucha política hasta ahora desconocidos: estamos ante un «nuevo terrorismo». ⁵

¿Es el terrorismo un método nuevo de combate político? Desde un cierto punto de vista, el terrorismo es un método antiguo, muy antiguo. Sin remontarnos a otros tiempos, pensemos en el terrorismo anarquista del siglo XIX, especialmente en Rusia y en España, el terrorismo que fue teorizado por Nechaev y que pretendía la «propaganda por la acción»: la muerte de un tirano —o de quien fuera que simbolizara al poder que se quería combatir— servía no para acabar simplemente con él, sino que constituía la chispa que iluminaría a las masas de desheredados para que se rebelasen contra el sistema de poder que el asesinado representaba y tuvieran esperanza en sus posibilidades de vencer, al comprobar que había una organización con capacidad resolutive, como había demostrado el éxito del atentado.

El terrorismo que se puso de manifiesto en los atentados del 11-S es, en parte, de esta misma naturaleza pero con añadidos cuantitativos (la cantidad de muertos) y cualitativos (la espectacularidad que todos pudimos ver en las televisiones) que transforman su naturaleza y carácter. Además, las víctimas no son los poderosos sino población civil inocente. De ahí que pueda hablarse de un «nuevo terrorismo», distinto al antiguo, que representa tal desafío que lo convierte en casi una declaración de guerra. Pero una guerra, también, de naturaleza nueva, muy distinta a las antiguas guerras entre Estados, como por ejemplo fueron la Primera y Segunda Guerra Mundial. En las «nuevas guerras» no hay intereses de Estado sino de otro tipo. En el presente caso, los terroristas alegan, al parecer, los intereses religiosos e identitarios: el Islam frente al mundo occidental cristiano. Es por ello que el ataque al Afganistán, al modo de los viejos tiempos, sea un error perjudicial y, además, probablemente inútil. Perjudicial porque los enemigos son los terroristas, no los Estados y, mucho menos, la población civil: toda confusión en la identificación del enemigo no hará más que reforzar al terrorista. E inútil porque con la guerra no se conseguirá disolver una organización que se extiende por todo el mundo ni, probablemente, se

logrará encontrar a Bin Laden, la victoria simbólica que se está buscando.

Una nueva idea de «vulnerabilidad» ligada a las formas de «nuevo terrorismo» son, pues, los dos elementos nuevos que han irrumpido en el mundo global a partir del 11-S. Ello tiene, como consecuencia, diversos riesgos, a los que también podemos considerar como «nuevos riesgos».

Los nuevos riesgos

Es obvio que el riesgo más claro e inminente es el peligro de nuevos atentados. Pero al referirme a los «nuevos riesgos» no quiero señalar a la víctimas y destrozos producto de los actos terroristas, sino a las nuevas condiciones que tras la situación actual pueden crearse. En concreto, quiero referirme a dos: primero, al inicio de una «nueva guerra fría» —con otro nombre— en el plano internacional; segundo, en el plano interno, a una nueva forma de Estado que prime la seguridad y limite indebidamente la libertad individual, en definitiva, que sustituya el actual Estado de Derecho por un Estado que algunos ya han llamado «Estado de seguridad».

Ante el ataque terrorista del 11-S no hay duda que Estados Unidos y sus aliados deben defenderse. Ahora bien, ¿cuál es el enemigo? Hay una respuesta fácil: los terroristas y aquellos que les amparan. Pero la identificación concreta de estos terroristas y de los que les amparan, es menos simple de lo que parece a primera vista.

En efecto, no es tan fácil porque no se trata sólo de una banda terrorista en sentido estricto, sino de un conjunto de grupos de naturaleza diversa, articulados entre sí a través de formas muy variadas, diseminados por muchos países, por supuesto los países donde la religión y cultura dominantes son el Islam pero también, debido al fenómeno de la inmigración, otros países en los que son minoritarios, entre ellos, de forma muy especial, Estados Unidos y Europa. Por tanto, los posibles terroristas son difíciles de identificar y, lo que es peor, pueden confundirse con todos los miembros de una determinada religión, etnia o cultura. Con lo cual el enemigo se transforma: ya no es sólo el terrorista sino un musulmán o un árabe, cualquier musulmán y cualquier árabe. La lucha ya no es contra un grupo criminal, numeroso y potente pero bien delimitado, sino contra una multitud, indefinida, de centenares de millones de personas. Ya no es una lucha antiterrorista sino, utilizando la terminología de Huntington, un «choque de civilizaciones».⁶

Se dirá que hay que dejar claro, desde el principio, que ello no va a ser así. El mismo presidente Bush lo advirtió pocos días después del 11-S. Pero en la práctica la distinción no va a ser fácil. Y, prueba de ello, son las distintas reacciones de los intelectuales moderados, no fundamentalistas, de los países del mundo islámico, y los intelectuales moderados, no fundamentalistas, de Estados Unidos o Europa, ante la guerra contra Afganistán: para los primeros se trata de un ataque injusto y desproporcionado, para los segundos se trata de una lógica reacción en legítima defensa. A otro nivel, no hay más que leer los reportajes periodísticos con las opiniones de inmigrantes musulmanes de Barcelona sobre el mismo acontecimiento. Todos rechazan, sin excepción, los actos terroristas del 11-S pero tienen opiniones contrarias a la reacción de Estados Unidos.

Por tanto, iniciar una acción antiterrorista que conlleve la muerte de población civil inocente puede conducir a crear una situación de guerra civil solapada en el interior de los países occidentales. Si la actuación contra el terrorismo es desmesurada podemos pasar fácilmente a una situación de confrontación violenta entre dos culturas, reforzando los fundamentalismos de ambos bandos: el fanatismo religioso islámico y el racismo occidental.

El segundo riesgo en el que fácilmente se puede caer es que en los Estados occidentales se prime tanto la seguridad que queden limitados irrazonablemente los actuales derechos y libertades con la excusa de poder así combatir mejor el terrorismo. En realidad, la contraposición libertad / seguridad es falsa ya que, en un Estado de Derecho, ambos conceptos se identifican: la seguridad no es otra cosa que poder ejercitar libremente tus derechos.

El Estado de Derecho es, esencialmente, aquel Estado en el cual no gobiernan los hombres sino las leyes, siempre que estas leyes sean producto —directo o indirecto— de la voluntad de todos los ciudadanos y tengan por finalidad dar a todos igual grado de libertad, de acuerdo con el principio de que el ejercicio de la libertad de cada uno encuentra su límite en la libertad de los demás. Por tanto, la única razón para que existan las leyes y los correspondientes órganos que las aprueben y garanticen su cumplimiento, se encuentra en que son necesarias para que la libertad de uno sea compatible con la misma libertad de todos los demás. Tener seguridad significa que las leyes y los órganos deben garantizar tu propio grado de libertad. Por tanto, libertad y seguridad no son

conceptos contrapuestos sino necesariamente complementarios. En este contexto, estar seguro significa tener bien garantizados el libre ejercicio de tus derechos, el conjunto de los cuales no es otra cosa que la libertad en sentido jurídico. En consecuencia, poner límites a la libertad puede ser —es, casi siempre— necesario para su garantía. Ahora bien, no todo límite es legítimo. Sólo lo es aquel que sea adecuado y proporcional para los fines que se pretenden.

No hay duda que la lucha contra la delincuencia terrorista puede exigir algunas restricciones a determinadas libertades con el fin de asegurar otras más primarias, como es el derecho a la vida. Ahora bien, de acuerdo con los principios hasta ahora expuestos, debe hacerlo de forma adecuada y proporcional. El terrorismo es un delito organizado, que pone en peligro vidas humanas, trata de subvertir el orden político y crea una grave alarma en la población. En este caso, debe añadirse, además, el carácter internacional de la mayoría de organizaciones terroristas. Es frente a ello que hay que tomar medidas adecuadas y proporcionales, así como adoptar las garantías precisas para que no se abuse de estas medidas y que la justificada restricción de derechos por delitos terroristas no tenga una expansión indebida a otra clase de delitos.

Hasta el momento de redactar estas líneas, Estados Unidos y algunos países europeos como Gran Bretaña, Alemania, Italia y Francia han adoptado ya algunas medidas que han causado una importante alarma en expertos juristas y organizaciones de derecho civil, que consideran van más allá de lo pertinente y entran en contradicción con algunos de los tratados internacionales que garantizan los derechos fundamentales de las personas. Especial importancia cobra la *USA Patriot Act*, de 26 de octubre, que da una definición de terrorismo de una gran amplitud ya que considera que se puede incluir en el delito de terrorismo cualquier acto destinado a intimidar o coaccionar a la población civil, o influir la política del Gobierno, con intimidación, coacción, destrucción masiva, asesinatos o secuestros. Es obvio que utilizar la destrucción masiva, asesinatos o secuestros entra de lleno en aquello que es terrorismo; pero la simple intimidación o coacción, según como se interprete, puede dar lugar a claras extralimitaciones por parte de la policía que limiten el ejercicio de derechos como el de reunión, manifestación o la libertad de expresión. Asimismo, algunas de las medidas parecen claramente excesivas. Es el caso de la detención de extranjeros por parte de la policía, sin control judicial alguno, durante siete días, aun en el

caso de que no sean sospechosos de estar implicados en delitos de terrorismo y que puede ser prolongada indefinidamente a petición del fiscal general; el libre acceso de la policía, sin control judicial, al correo electrónico o tarjetas de crédito; las escuchas telefónicas con autorización de un tribunal especial y secreto; las entradas y registros en domicilio sin autorización judicial.⁷

La ley ha sido objeto de duras críticas. Laura Murphy, presidenta de la *American Civil Liberties Union* (ACLU), la más conocida asociación defensora de los derechos civiles, ha declarado, por ejemplo, que «la ley va mucho más allá de lo que se necesita para combatir el terrorismo», es decir, que establecía unos medios que eran claramente desproporcionados para los fines que se pretendían. También Francia y Alemania y, muy especialmente, Gran Bretaña e Italia, han endurecido sensiblemente su legislación antiterrorista, siguiendo las directrices proporcionadas por Estados Unidos.⁸

Además, también es motivo de recelo la petición de autocensura sobre la nueva situación mundial que las autoridades norteamericanas han formulado a los principales medios de comunicación de su país y que éstos, en principio, han rechazado.⁹ Asimismo, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos han presionado, directa o indirectamente, a la emisora de televisión *Al Jezira*, del emirato de Qatar, por la información que suministra sobre la guerra de Afganistán. Precisamente, *Al Jezira* es la única emisora de televisión del mundo árabe que informa con total libertad, recoge los diversos puntos de vista respecto a los acontecimientos políticos y emite continuamente debates sobre cualquier tema con opiniones plurales. *Al Jezira* es, precisamente, el principal factor de modernización política democrática existente hoy en los países árabes. No deja de ser contradictorio que los países occidentales, teóricamente defensores de la libertad de expresión, se quejen precisamente de la única emisora árabe que practica esta libertad democrática.

Por tanto, si bien son admisibles reformas legales que permitan una mejor persecución de los delitos terroristas, caben dudas más que razonables sobre si las medidas que se están tomando son las adecuadas. Más bien parecen medidas que limitan los derechos y refuerzan los poderes gubernamentales frente a los controles judiciales. Así, Habermas, por ejemplo, ha manifestado su temor a que se originen quiebras importantes en el Estado de Derecho y estemos pasando a un Estado de Seguridad, con excesivos tintes autoritarios.¹⁰

En cualquier caso, hacer frente al terrorismo con medidas militares y con una restricción excesiva de derechos fundamentales puede conducir a una situación en la que, tanto en el plano internacional como en el interno, aumenten los peligros de guerra y se debilite la legitimidad democrática de los Estados occidentales. Si ello fuera así, quizás los autores de los atentados del 11-S habrían conseguido sus objetivos y, en todo caso, esta fecha sería el comienzo de un mundo más peligroso y menos libre, el principio de una nueva etapa de la historia del mundo occidental.

Cómo enfrentarse a lo sucedido el 11-S: justicia racional contra justicia infinita

Sin negar que tras los atentados de septiembre pasado pueden ser necesarias determinadas medidas militares y policiales, creemos que la situación exige, básicamente, medidas de otro tipo y debe enfocarse con una filosofía más global, completamente distinta a la que sólo confía en la fuerza.

En primer lugar, tenemos que analizar el contexto general en el que el terrorismo se produce y sacar consecuencias. No puede pensarse que sea casual que el ataque se hiciera contra la Torres Gemelas y el Pentágono, contra Nueva York y Washington. Se hizo contra ellas porque no son sólo el símbolo del poder financiero y militar norteamericano-occidental, sino también la expresión de su arrogancia política, de su frío egoísmo económico, de su olímpica actitud de desprecio hacia el resto del mundo. Las cifras expresan claramente que cada vez es más la distancia que separa a 1/5 parte de la población mundial rica —concentrada sobre todo en los países occidentales— frente a 4/5 partes sumidas en la pobreza. Y la pobreza significa hambre y miseria diaria; pero también guerras, catástrofes, terremotos, inundaciones, en las que mueren miles y miles de personas sin que el comfortable Occidente se conmueva más allá del sentimentalismo generoso de unas cuantas ONG que intentan paliar en lo que pueden injusticias que superan con mucho su capacidad de remediar las cosas. Los demás —empezando por partidos de izquierda y sindicatos— llevan a cabo las políticas que les pueden dar el acceso al gobierno, es decir, aquellas que lo único que pretenden es tener contentos a los que les deben votar.

Ya sé que hay muchas razones para que ello sea así y que no es fácil hacer política dentro de este

maldito embrollo que es el respeto a las reglas de la democracia y del Estado de derecho. Salirse de él, por supuesto, sería el mayor error que podríamos cometer. Pero quizás habría que recapacitar sobre su incapacidad de extender la democracia y la legalidad al resto del mundo y repartir mejor la riqueza. Es evidente que el llamado, impropia-mente, *movimiento antiglobalización* es una amalgama confusa y contradictoria de posiciones e ideologías. Pero no hay duda que se atreve a poner de relieve otras cosas no menos confusas y contradictorias, con el agravante de que, además, son profundamente injustas.

¿No es profundamente injusto que desde hace veinticinco años la banca y los gobiernos occidentales estén cobrando los intereses de una deuda externa a países que el seguir pagándola les impide una capitalización que hace imposible su desarrollo económico? ¿No es contradictorio con la libre competencia las masivas ayudas a los agricultores que cada año suministra la Unión Europea con claro perjuicio para la agricultura del Tercer Mundo, quizás la única riqueza con la que cuentan? ¿Se respetan las reglas de la libre competencia en la fijación de los precios de numerosos minerales necesarios para la industria occidental, empezando por el petróleo? ¿No es contradictorio que nos estemos quejando del aumento del tráfico de drogas cuando permitimos y fomentamos los paraísos fiscales que son piezas clave para el blanqueo de las cuantiosas ganancias que este tráfico produce? ¿No es profundamente contradictorio con el principio de igualdad que proclaman las constituciones de los países democráticos que los billones de dólares que cada día afluyen a las bolsas mundiales apenas paguen impuestos cuando a los trabajadores de estos mismos países se les han deducido ya en el momento de cobrar sus salarios? ¿No es contradictorio con el mismo principio de igualdad que a los inmigrantes del Tercer Mundo que acuden a estos países occidentales porque se necesita mano de obra barata se les discrimine y no se les otorgue la nacionalidad —es decir, la plenitud de sus derechos— hasta pasada, en el mejor de los casos, una generación?

Todas estas preguntas no forman parte del debate político diario en Estados Unidos y en Europa, sólo preocupados por el aumento de su riqueza y del reparto de la misma en el interior de sus respectivos países. Todas ellas afectan, sin embargo, a la tremenda desigualdad que existe entre los Estados y los ciudadanos de todo el mundo. ¿No sería, por tanto, el momento de cambiar los tópicos

del discurso político en Occidente, del discurso políticamente correcto, y dar paso a una nueva cultura política que se tomara la globalización en serio, tan en serio como se ha tomado en el último siglo el reparto de la riqueza, de la libertad y la igualdad, en el interior de los Estados occidentales?

Ya sé que puede alegarse que los atentados del 11-S nada tienen que ver con todo esto. Ciertamente, cualquier malvado Doctor No puede cometer un crimen de tal naturaleza sin otro motivo que el afán de poder y de dominio o, simplemente, por el puro placer de hacer el mal. Pero la indiferencia o, incluso, la alegría, que en tantas partes del mundo se expresó aquel día al enterarse de lo sucedido se explica por el odio y el rencor profundos que se han ido acumulando en los corazones de los desposeídos y marginados. Y las causas de este odio no son otras que las que he intentado expresar en los párrafos anteriores. ¿O es que los occidentales nos impresionamos en igual medida, ponemos en marcha tantos mecanismos de seguridad o intentamos remediar alguna cosa, cuando calamidades mucho peores han sucedido en zonas del mundo que nos son ajenas? Pensemos en los más de un millón de muertos del genocidio de Ruanda, en la actual e ignorada guerra del Congo que ha causado un número de muertos semejante, en la hambruna que asola Centroamérica en los últimos meses, o en cualquiera de los terremotos e inundaciones que causan miles de muertos y de las que rutinariamente apenas leemos los titulares el día que han ocurrido para despreocuparnos de ellos inmediatamente después.

Desde Occidente tendemos ignorar el malestar del mundo y ahí es donde encontraremos el origen profundo de lo acaecido el 11-S.¹¹ Ciertamente el terrorismo puede surgir en cualquier parte y por motivos diversos: el País Vasco, Irlanda del Norte o la Italia de las Brigadas Rojas o la Alemania de la Baader-Meinhoff son países occidentales ricos en los que determinadas ideologías, han escogido la vía fanática y totalitaria del terrorismo como medio de lucha política. En cada supuesto encontraríamos motivos distintos: en unos casos la revolución social, en otros la independencia nacional.

En el terrorismo islámico encontramos un fondo de fanatismo totalitario religioso que opera sobre una base social muy amplia —de demografía pujante— que se siente humillada y ofendida por el trato que le da Occidente. Para el imaginario islamista, Occidente es unas veces Israel ocupando tierras palestinas, otras veces es Irak bombardeado y

bloqueado desde hace diez años por hacer lo mismo que Israel. Harían bien los humillados y ofendidos en dirigir sus miradas y su ira a sus propios dirigentes: a unos hipócritas que se disfrazan de fanáticos religiosos y ofician de monaguillos de Estados Unidos, como es el caso de Arabia Saudí o Marruecos; o a unos dictadores laicos que se aferran al poder sin soltar ni un miligramo del mismo, como es el caso de Siria, Irak, Argelia o Egipto. También ellos, los dirigentes políticos de países musulmanes, son responsables del atraso y de la miseria.¹² Pero, en todo caso, el atraso y la miseria está ahí: unos países potencialmente ricos, muchos de ellos productores de la fuente de energía que necesita Occidente, con una población en acelerado aumento demográfico pero crecientemente pobre.

Una situación de este tipo es siempre explosiva y es en ella donde puede crecer la semilla del odio, único caldo de cultivo en el cual el terrorismo fanático puede encontrar eco; como sucedía a finales de siglo XIX y principios del XX, con las masas desheredadas seducidas por el anarquismo en Rusia o en España, países atrasados pero en fase de despegue económico, en las que una minoría letrada e iluminada podía arrastrar a las masas ignorantes a una revolución social. Antes eran las ideas anarquistas: Lenin, como en ciertos momentos Marx, tenía en su práctica revolucionaria más de anarquista que de marxista ilustrado. Ahora es un primitivo islamismo, una vuelta al Mahoma dirigente político. Siempre contra la excesiva arrogancia del poder en momentos en los que un inicial desarrollo económico pone al alcance su conquista.

Ante una situación así es inútil el enfrentamiento armado: con el mismo no se construye una paz durable.¹³ Al contrario: sólo se provoca más hostilidad. La vía es otra y parece mentira que los occidentales no la conozcan porque la han practicado en sus propios países. Se trata de ir reduciendo los factores de tensión: dejar de humillar y de ofender. En este caso, hay que empezar inmediatamente por lo más fácil: reconocer un Estado palestino, cesar el bloqueo de Irak. Seguir por políticas a más largo plazo: fomentar un desarrollo económico equilibrado en toda la zona, reconducir los conflictos por la vía jurídica, respetar el derecho internacional, introducir tolerancia y laicismo donde hay fanatismo religioso y nacionalista, buscar el apoyo de los sectores moderados, abandonar el apoyo a los gobiernos autocráticos. En definitiva, ir reduciendo los factores de antagonismo y fomentar los de cooperación.

Ello significa cambiar: comenzar a hacer, con paciencia y serenidad, lo contrario de lo que hacemos actualmente. Nunca podrá asegurarse que un fanático siga practicando el terrorismo: pero, en ese caso, tarde o temprano irá quedando aislado. Al fin, llegará a la conclusión de que su acción es inútil, que las masas a las que se dirige ya no le siguen ni le seguirán.

Ahora bien, para que ello sea posible, el mundo occidental ha de cambiar. La actual cultura de la violencia ejercida en nombre de la patria ha de dar paso a una nueva cultura política de la libertad y de la democracia. Para ello, deben transformarse muchos aspectos de la estructura económica y social de Occidente y del mundo: se ha de poner orden en el actual proceso de globalización al que nos referíamos al principio. Hay que contestar racionalmente a los interrogantes que antes planteábamos. La desregulación de las relaciones económicas y el mercado como único árbitro en la asignación de bienes sólo conducen a la lucha de todos contra todos, a una peligrosa situación de larvada guerra civil.

En este nuevo marco, los poderes públicos —el Estado, unas renovadas instituciones internacionales— deben volver a ocupar su lugar preeminente para crear unas reglas de juego legítimas, es decir, aceptadas por todos, en las que sea posible reducir las desigualdades y promover una situación de justicia, que no será nunca la fundamentalista justicia infinita, sino que deberá ser una ilustrada justicia racional, es decir, aquella que permita que el mundo se encamine hacia una mayor igualdad entre los hombres y entre los pueblos. Sólo entonces podremos alcanzar un mayor grado de seguridad. Tomar otra ruta es seguir como ahora, es vivir sobre un volcán.

Francesc de Carreras
Facultat de Dret
Universitat Autònoma de Barcelona
08913 Bellaterra
93 581 22 34/36

Notas

1. M. Castells, «Globalización y antiglobalización», *El País*, 24 de julio de 2001; Ulrich Beck, «El poder de la impotencia», *El País*, 20 de enero de 2001.

2. Declaraciones a *El País* del 11 de octubre de 2001.

3. Norman Birnbaum, «Atenas y Roma, ¿otra vez?», *El País*, 21 de septiembre de 2001.

4. E. Lamo de Espinosa, «Ciudadanos de los Estados Unidos», *El País*, 26 de octubre de 2001.

5. Ulrich Beck, «El mundo después del 11-S», *El País*, 19 de octubre de 2001.

6. Samuel P. Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, 1997. Una crítica a las tesis de Huntington, Edward W. Said, «El choque de ignorancias», *El País*, 16 de noviembre de 2001.

7. Véase Diego López Garrido, «La libertad en tiempos de cólera», *El País*, 30 de octubre de 2001. También Juan Aranzadi, «Paradojas americanas», *El País*, 1 de noviembre de 2001.

8. Sobre las dificultades de informar en Estados Unidos debido al ambiente de entusiasmo patriótico y a las presiones gubernamentales, Soledad Gallego Díaz, «La guerra de la información», *El País*, 26 de septiembre de 2001.

9. Véase la información de J. R. González Cabezas, «Francia e Inglaterra presionan a *Al Jézira* por el tratamiento de la información», *La Vanguardia*, 28 de octubre de 2001. También K. Selim, «*Al Jézira*, en el ojo del huracán», *El País*, 2 de noviembre de 2001.

10. S. Vila-Sanjuan, «El 11 de septiembre según Habermas», *La Vanguardia*, 14 de octubre de 2001.

11 En este sentido, véase: Sami Naïr, «Actuar sobre las causas profundas del drama», *El País*, 26 de septiembre de 2001; Tariq Alí, «Hace falta una solución política, no militar», *El País*, 20 de septiembre de 2001; Carlos Taibo, «Actos de Fe», *El País*, 31 de octubre de 2001. En contra de estas posiciones, Carlos Boix, «Resentimiento y temor», *El País*, 25 de octubre de 2001.

12. Véase William Pfaff, «El mundo musulmán, no occidente, es el amenazado», *El País*, 28 de octubre de 2001.

13. David Held, «Violencia y justicia en una era mundial», *El País*, 19 de septiembre de 2001; David Held y Mary Kaldor, «Aprender de las lecciones del pasado», *El País*, 8 de octubre de 2001; Andrés Ortega, «Definir “victoria”», *El País*, 22 de octubre de 2001.

Bibliografía

- ALÍ, T.: «Hace falta una solución política, no militar». *El País*, 20 de septiembre de 2001.
- ARANZADI, J.: «Paradojas americanas». *El País*, Barcelona: 1 de noviembre de 2001.
- BIRNBAUM, N.: «Atenas y Roma, ¿otra vez?». *El País*, Barcelona: 21 de septiembre de 2001.
- BECK, U.: «El poder de la impotencia». *El País*, Barcelona: 20 de enero de 2001.
- BOIX, C.: «Resentimiento y temor». *El País*, 25 de octubre de 2001.
- CASTELLS, M.: «Globalización y antiglobalización». *El País*, Barcelona: 24 de julio de 2001.
- GALLEGO DÍAZ, S.: «La guerra de la información». *El País*, Barcelona: 26 de septiembre de 2001.
- GONZÁLEZ CABEZAS, J.R.: «Francia e Inglaterra presionan a *Al Jézira* por el tratamiento de la información». *La Vanguardia*, Barcelona: 28 de octubre de 2001.

HELD, D.: «Violencia y justicia en una era mundial». *El País*, 19 de septiembre de 2001.

HELD, D y KALDOR, M.: «Aprender de las lecciones del pasado». *El País*, 8 de octubre de 2001.

HUNTINGTON, S. P.: «El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial». Barcelona: Paidós, 1997.

LAMO DE ESPINOSA, E.: «Ciudadanos de los Estados Unidos». *El País*, Barcelona: 26 de octubre de 2001.

LÓPEZ GARRIDO, D.: «La libertad en tiempos de cólera». *El País*, Barcelona: 30 de octubre de 2001.

NAÏR, N.: «Actuar sobre las causas profundas del drama». *El País*, 26 de septiembre de 2001.

ORTEGA, A.: «Definir “victoria”». *El País*, 22 de octubre de 2001.

PFAFF, W.: «El mundo musulmán, no occidente, es el amenazado». *El País*, 28 de octubre de 2001.

SAID, E. W.: Una crítica a las tesis de Huntington, «El choque de ignorancias». *El País*, Barcelona: 16 de noviembre de 2001.

SELIM, K.: «Al Jézira, en el ojo del huracán». *El País*, Barcelona: 2 de noviembre de 2001.

TAIBO, C.: «Actos de Fe». *El País*, 31 de octubre de 2001.

VILA-SANJUAN, S.: «El 11 de septiembre según Habermas». *La Vanguardia*, Barcelona: 14 de octubre de 2001.